

FRANCISCO MATEOS, SIN MASCARA

A HORA que Francisco Mateos ha muerto nos será más fácil a todos apreciar la calidad de su obra. Ahora se hallará ésta más acorde consigo misma, como ha de estar cualquier obra, totalmente libre de su creador. Francisco Mateos era uno de esos contados artistas que se toman las cosas como éstas merecen: seriamente, pero siendo esta seriedad la otra cara de una que llamaría ligereza, entendida como naturalidad. No consideraba que estuviera haciendo algo trascendental: dejaba que las cosas se produjeran, y las contemplaba con la misma inteligencia

colabora en "Simplizissimus" y en la escenificación, en Munich, de obras de Lope y Calderón. En 1923 vuelve a viajar, esta vez a Berlín, Norte de Italia, Viena, Praga, Budapest y Amsterdam. Sin dejar de trabajar por el camino —no debemos nunca separar esta doble actividad viajera y de creación—: en Berlín lo encontramos haciendo decorados y figurines para la UFA. Su estancia en España, entre 1924 y 1927, nos parece, con la perspectiva, como de paso: aquí obtiene, en 1924, una bolsa de viaje, como aguafortista, en la Exposición Nacional de Bellas Artes. En 1927

J. Corredor-Matheos

irónica, guasón, a la vez profundamente comprensiva, con que contemplaba a los muñecos de carne y hueso que circulaban por delante de él.

Su vida fue un tanto accidentada, en ocasiones difícil. Nació Francisco Mateos en Sevilla, el 7 de abril de 1894 —hoy, en que escribo estas líneas, habría cumplido ochenta y dos años—. El mismo ha escrito sus recuerdos primeros, volviendo a ver, con los mismos ojos de niño: "La catedral, la plaza de toros, el palacio de San Telmo, el Hospital de la Caridad, [espacio de mis correrías de niño imaginativo], cosas que yo veía, cosas que me dijeron, que servirán para ver la tierra no como la ve todo el mundo, sino con los ojos de la poesía". Inquieto, fue siempre dado a viajar. En 1906, luego de una breve estancia en Jerez de la Frontera, se traslada con su familia a Madrid. Aquí cursará estudios en la Escuela de Artes y Oficios, con José Blanco Coris. Colabora con caricaturas e ilustraciones en publicaciones como "España", dirigida por Ortega y Gasset; "Gil Blas", "Hojas Selectas", "La Esfera" y "Mundo Nuevo".

"En este preciso momento de trabajo me llegaba el servicio militar. ¡Mi carrera artística había empezado! A partir de entonces —nos cuenta él mismo— yo no hacía otra cosa que dibujar, que pintar con cierto éxito". Se inclina por el arte renovador, y así le vemos colaborar en la revista "Grecia", de literatura y arte de vanguardia, que dirige su paisano el poeta Adriano del Valle.

Su vida viajera comienza en 1921, con una beca del Ministerio de Estado, que le permite estudiar en Francia, Alemania y Bélgica;

celebra en París (galería Tempo) su primera exposición individual, con catálogo presentado por Jean Cassou, y el mismo año se une al grupo de "Cahiers d'Art". En Bruselas traba relación con artistas por los que, sin duda, sentía interés: Permeke, De Smet y, sobre todo, Ensor, con cuya obra siempre se le ha relacionado. Pueden darnos también la pista de sus andanzas las pinturas murales que realizó para la Universidad de París, y que le valieron ser nombrado decorador oficial de la Sorbona. En 1930 lo encontramos en Barcelona estudiando la pintura románica, y al año siguiente presenta una exposición individual en el Ateneo de Madrid. Por entonces, su pintura ha dado ya con sus temas, que serán, a través de una evolución y un proceso de madurez, los que se han mantenido hasta sus últimos años.

Su mundo es esperpéntico. Criaturas que, por su misma verdad directa, se nos presentan cubiertas con careta. El mismo nos refiere un hecho que puede muy bien fundamentar esta constante de su obra: nos habla del día en que entró, "estando su puerta abierta", en el taller de su tía Amparo, "siempre vestida de negro, con la rapada cabeza cubierta con un pañuelo" del mismo color. "Allí estaba sentada en un bajo taburete rodeada de librillos, de botes de pintura y las caretas de cartón que ella fabricaba. El impacto fue, lo recuerdo bien, tan fuerte que tuvo miedo. Su cara no era otra cosa que una careta entre las demás". Continúa Mateos, después de este significativo descubrimiento, hablándonos de cómo su tía Amparo, a quien una enfermedad había arruinado su antigua belleza, le enseñó a hacer



Francisco Mateos llegó al arte después de un largo viaje por la realidad.

máscaras, "caretas espantosas, aún más horribles que ella misma". Pero, aparte de lo que pueda tener de cierto la afirmación de que aquellas muscas y aquellos gestos fueron para el artista "uno de los traumas más fuertes de (su) niñez", lo que nos importa es que sigue una cierta tradición de entendimiento de la vida vista como carnaval. Continuator de Goya y próximo a Ensor, nos ofrece una imagen que es muy diferente del esperpento seco, profundo pero distante, de un Solana. Mateos es cordial, es alegre. Sus personajes, con los que nos identificamos con facilidad, reconociéndolos, más que a través de sus caretas, por ellas mismas, son seres mortales que, al contrario que en Solana —como detenidos en el tiempo y en el espacio—, están sucediendo ante nosotros. La pintura de Mateos es una suerte de río, de modo que podemos contemplar toda su obra como algo continuo. Sus criaturas, seres humanos, y, por lo tanto, monigotes, a medio camino entre el hombre que pretenden ser y el animal, están celebrando siempre

un rito. Tienen instrumentos musicales en las manos, que suenan alborozados, escandalosos a veces, por el color. Este fue primero revuelto. Se mezclaban los colores cálidos y los fríos, delimitados con frecuencia por unos perfiles muy marcados, pero que no llegaban a constituirse en fronteras. Más tarde los colores se irán haciendo más definidos, más distintos unos de otros: el clamor de vida bulliciosa que se desprende de los cuadros será más recortado, dibujística y cromáticamente, dejando que la tendencia a la disgregación se produzca por la fluidez de los temas y por una atomización del color que puebla de menudo puntillismo determinadas zonas de los cuadros.

Nos hallamos —entonces— en un momento vital, expansivo, de la cultura española. Se ha establecido la República, e intelectuales, artistas y escritores identifican sus ideales con los del pueblo y pueden expresarlos libremente. Francisco Mateos, nacido en una cuna humilde, conoció de cerca malos tiempos para las gentes campesinas de



Hay en su obra tradición española y, no lo olvidemos, europea: hay literatura, pero plásticamente expresada.

su Andalucía, y sabría estar, más tarde, en una línea comprometida. En 1933, su nombre lo vemos mezclado con otros que representaban también el arte vivo: el escultor Alberto, Maruja Mallo, Moreno Villa, Angeles Ortiz... Mil novecientos treinta y cinco: expone sesenta acuarelas en la sala principal del Museo de Arte Moderno, en cuyo marco pronuncia una conferencia Benjamín Jarnés. Nuevos viajes. Y la guerra civil, donde

muecos como los de sus cuadros mueren esperpénticamente o se sobreviven, no menos esperpentos que los otros. Desde 1947 ha ido celebrando exposiciones individuales, que en los últimos años fueron frecuentes. La primera, de óleos, en la galería Biosca, de Madrid, con presentación de Enrique Azcoaga; al año siguiente sería Adriano del Valle —antiguo compañero en la revista "Grecia"— quien le presentaría en el Museo de Arte

Moderno de Madrid. En Barcelona contó con el apoyo de Sebastián Gasch, quien le presentó, con motivo de su exposición en las Galerías Layetanas, en 1950. Su interés por la ilustración fue reconocido en 1951 con el premio del Instituto del Libro Español. Luego ha ido viviendo entre España y París, donde realizó trabajos para la Unesco. Otro jalón a destacar es el de su exposición, en 1957, en el Ateneo de Madrid, con catálogo de Juan Antonio Gaya Nuño, que ha dedicado siempre gran atención a la obra de Mateos ("bueno fuera —escribía en dicha ocasión— que tratáramos de descubrir ahora al maestro Francisco Mateos, que fue llamado maestro, y con tan derecha razón, en París o en Munich"). El maestro es plenamente reconocido: obtiene el Gran Premio Extraordinario en el Certamen Nacional de Arte y medalla de oro Eugenio d'Ors, otorgada por la crítica de arte de Madrid (1961); gran exposición en la Sala de la Dirección General de Bellas Artes y académico honorario de la Accademia Fiorentina delle Arti del Disegno (1962), gran Exposición Antológica en el Museo de Arte Español Contemporáneo de Madrid (1973)...

Pero su aceptación por el público —siempre reducido— del mundillo artístico no habrá sido tan fácil como parecen indicar estos datos escuetos. Ha hecho falta una larga vida, de sacrificios, de entrega total al arte, para que sus obras hayan podido tener finalmente una salida.

Es bien cierto que no era hom-

bre interesado: le gustaba vivir sencillamente, o es que su vida no le permitía otra manera de vivir. El caso es que el gran artista fue prácticamente ignorado de muchos que hoy codician sus obras, que pueden encontrarlas difícilmente alcanzables, cuando las tuvieron... muy al alcance de la mano: porque Mateos sabía que el arte no vale nada. Acogió el éxito de sus últimos años con la ilusión de un niño, y quizá con la desconfianza que le daba una larga experiencia, en que no podían faltar los desengaños. A veces faltó, por parte de otros, comprensión para el hombre que batalló y estuvo donde había de estar cuando precisamente era más difícil, con la pluma y el pincel del compromiso; como en la creación de Estampa Popular y en el intento de abrir nuestro panorama cultural y social.

Llegaba al arte después de un largo viaje por la realidad. Le gustaba la gente: no sabía ver otra cosa. La vida, como bullicio, movimiento. ¿Pintura fantástica? Quizá, simplemente, una pintura que era resultado de ver de una determinada manera, con una dimensión más ancha. En todo caso, era el suyo un arte que no distaba del reportaje: lo que Mateos veía era exactamente esto: seres, semiseres, hombres, semihombres, medio animales, sin que sea siempre fácil distinguir unos de otros. Esta pintura ha evolucionado desde 1957, sin que el mundo de Mateos haya abandonado una casi precisa configuración. Cuestión de lenguaje, que había establecido en su última etapa. Hay tradición española y, no lo olvidemos, europea: hay literatura, pero plásticamente expresada; un sentir popular —no estilizado—, compenetración con esta vena que, en nuestra cultura, suele permanecer subterránea. Mateos, no sólo hablaba el lenguaje de una determinada España, sino que se hallaba próximo a una corriente moderna, que, curiosamente, se producía en el Centro y Norte de Europa. Había mucho en su obra del primer expresionismo, por supuesto; fue tocado también por lo surreal, sin que todo esto, por sí solo, nos aclare lo que es. Si la juzgamos por sus mejores años, por aquellas creaciones que, como en todo artista, dan su medida y su talla verdaderas, hemos de convenir que Mateos es uno de nuestros artistas más importantes. Obras como "El jardín de los locos", "Cuentos de medianoche", "Otro Mundo" y tantas otras son verdadero arte, que ahora, con la muerte de su creador —que quizá las había tapado, a ojos de algunos, con su ingenuidad de hombre bueno, de hombre que sabía solo viajar sin trabas dentro de su mundo—, quedarán recortadas, a la intemperie, para que podamos reconocernos en sus máscaras alegres y hombres-dolorosamente-a-medias.



Sus criaturas, seres humanos, y, por ello, monigotes, están celebrando siempre un rito.